



EROTISMO Y LITERATURA

Me interesa referirme, con el obligado esquematismo, al hecho universalmente comprobado de la penetración del erotismo en la literatura de hoy, consecuencia por otra parte lógica de la erotización general de la vida y del arte en cualquiera de sus manifestaciones.

Antes de la apertura al erotismo aún había quien compraba la biografía de algún Santo, una novela incluso de buenas costumbres o una apología de la conquista del Perú. Hoy casi nadie adquiere ni lee libro alguno, como no se trate de un producto —sea el que sea— más o menos impregnado de sexo. No hay novela ni relato que aspire a ser leído si no contiene al menos dos docenas de lo que la industria textil hace años que había bautizado, con otro propósito y en una acepción no lúdica del vocablo «juego», con la expresión «juegos de cama». Vivimos, por otra parte, el momento de los li-

bros de sexología, género hace sólo unos pocos años de utilización exclusiva del médico, el psicólogo o el psiquiatra, y que hoy se ha convertido —probablemente como consecuencia del predicamento actual de la inacabable obra de Freud— en alimento de primera necesidad de mecánografas, empleados, dependientes y mecánicos.

Es por tanto perfectamente inútil y absurdo intentar ganar lectores, fama y dinero, incluso con un libro de texto diríamos «normal» —escrito de la forma aséptica que corresponde— sobre un tema inocuo de arte románico, derecho hipotecario o técnica de la empresa. Ni siquiera a los estudiosos o estudiantes interesados por estas difíciles materias podría captárseles con obras químicamente puras de esta naturaleza. Se impone, me parece, variar de modo radical

los enfoques y hablar respectivamente de «Catedrales románicas sadomasoquistas», «El culto fálico en Derecho Hipotecario» o «Técnica de la gestión homosexual de la empresa».

Yo, por mi parte, dejándome definitivamente de zaramojos, tengo ya trazado y decidido mi camino literario futuro. Estoy preparando un par de libros de seguro éxito. Uno titulado «Mientras llega su legítima esposa: Manual de primeros auxilios eróticos», y otro, «Aberraciones sexuales entre los himenópteros», profusamente ilustrado —quizá haga una fotonovela—, en cuya portada aparezcan, naturalmente en la cama y totalmente desnudos, una hormiga y un hormigo, o mejor todavía, dos hormigas.

Por supuesto, espero que al menos este último sea un auténtico «best-seller».

LEO DE LIPPI



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(V)

Sali del hospital tres días después, apoyada sobre el hombro de Pío. Era bastante más bajo que yo y le mortificó mucho mi complacencia en caminar a su lado con el codo apoyado sobre su hombrera amorfa. Me llevó a su apartamento en el boulevard St. Michael y se ofreció a dormir en casa de un amigo mientras yo me recuperaba.

—No seas grotesco, Pío. Vivamos juntos y, si algo ha de pasar, que pase.

—¿Qué insinúas, pues?

—Tómalo como quieras.

—Me lo tomo yo como cualquiera se lo tomaría, pues. No extraña. Sorprende, pues.

Mi convivencia con Pío Baroja fue especialmente enervante porque jamás me acostumbré a su enladrillada sintaxis. Fue un amante sobrio e inseguro, con altibajos sensibles, pero, ¿qué hombre no los tiene? De los dos mil amadores que he tenido en mi larga vida de libertinajes, sólo cinco o seis consiguieron sorprenderme con su regularidad. Sobre los hombres hay mucho que decir, precisamente todo lo que no se ha dicho sobre sus debilidades e insuficiencias. No quiero quitarle ningún mérito a Pío Baroja, pero tampoco regalarle ninguno. Amador regular, compañero mudo (prefería que no maltratara mis oídos con sus increíbles oraciones simples), financiero rácano, luego, con los años, me enteré de que había sido un excelente novelista. Dios, en su infinita misericordia, a cada hombre le dota con algo: el que no ama bien escribe bien, el que es cojo tiene una excelente vista, el que es tonto tiene unos andares graciosos, el mudo toca bien

el acordeón.... nadie tiene motivos para sentirse insatisfecho bajo la luz del sol. Porque incluso cuando no hay luz, ni sol, siempre es posible tomarse un bocadillo de salchichón y beberse un traguito de cerveza Calsberg.

Con Pío pasé bellos momentos de extraña ternura. A veces se me quedaba contemplando, repasaba con los ojos todas las esquinas y escondites que la Naturaleza me ha dado y comentaba con la emotividad de un niño: —Raras ya sois, pues.

Pío escribía una novela ambientada en París: **Las tragedias grotescas**. Se pasaba todo el día recorriendo el Sena de arriba abajo, por una y otra orilla. Me dedicaba poco tiempo y estoy casi segura de que apenas si me miró a los ojos tres o cuatro veces en los seis meses de convivencia. Aprendí pocas cosas a su costa. La enseñanza que más le agradezco es la de los pimientos rellenos. Después he conocido a vascos con auténtica obsesión de apostolado culinario; a su lado, Pío era de una sobriedad ulcerina. Pero jamás podré olvidar aquellos instantes felices en que su media lengua hablada corregía los infortunios de la masilla de relleno.

—Harina, menos, chica.

Ni siquiera su dureza de pequeño «gourmet» defraudado.

—¡Qué ascol Engrudo!

Y si yo me echaba a llorar, él se refugiaba en el rincón más oscuro de la estancia, con una mano perdida en la barba y la otra en el bolsillo del pantalón. Y desde las sombras me llegaba su única explicación posible de la tragedia.

—Raras ya sois, pues.

(Continuará)

